

TRES DE LAS TERTULIAS DE «FORNOS»

JUAN BELMONTE, JULIAN CAÑEDO, SEBASTIAN MIRANDA

«Ese muchacho o es un loco o es Napoleón».—Desde que conocí a Ortega y Gasset toreo mejor.—El mayor orgullo de Pérez de Ayala era que lo tomasen por un banderillero de mi cuadrilla.—Recuerdo y anécdotas a granel

A la famosa tertulia de intelectuales que se reunía en "Fornos", hoy Riesgo, en la esquina de Peligros y Alcalá, llegó un día de 1913 Juan Belmonte. Venía a conquistar Madrid con su muleta y su capote. Venía a torear su primera corrida en la capital de España. Allí concurrían Pérez de Ayala, Valle Inclán, Enrique de Mesa, Julio Antonio, Julio Romero de Torres, Julián Cañedo, Sebastián Miranda, y otros muchos que ya han desaparecido.

Tan decidido entró el mozo Belmonte, tan seguro de sí mismo, con tal aire de triunfo, que Miranda al verlo por primera vez dijo aquellas palabras casi históricas que aún recuerdan los dos:

—Este o es un loco o es un Napoleón.

Ahora, justamente a los cuarenta años, pasamos una tarde de domingo madrileño con tres de los asiduos a la tertulia de «Fornos». Aquella tertulia que tuvo mucha importancia en la historia de nuestra cultura y sobre todo de nuestra creación artística y hasta en el arte de torear. Pues la influencia de los intelectuales en el toreo fué entonces marcadísima. Ya ha dicho recientemente Domingo Ortega: Desde que oí hablar de toros a Ortega y Gasset toreaba mejor.

Estamos en la casa-estudio del escultor Sebastián Miranda, en la calle de la Moncloa. En torno a una mesa, Belmonte, que con sus sesenta años apenas ha cambiado, nos parece el mismo que conocíamos por la biografía de Chaves Nogales, con ilustraciones de Martínez de León, el otro trianero genial que también conquistó Madrid con un lápiz y una cuartilla. Julián Cañedo, del que hizo uno de sus bustos sorprenden-

tes Julio Antonio, gran torero asturiano, aristócrata de sangre y de espíritu torero por gusto y por amor al arte, del que dijo un día Gregorio Corrochano, al oír que fulano perdió la oreja por entrar cuatro veces a matar. «Yo he visto a Julián Cañedo entrar cuatro veces a matar y merecía cuatro orejas». Ya Julián no es el mozo que retrató en

barro Julio Antonio, pero aún conserva su humor y su espiritualidad exquisita. El trió lo remata Sebastián Miranda, el escultor retratado por Zuloaga, por cuyo taller pasó media generación del 98. Miranda es amigo de Marañón y de todas las personalidades de esa generación que está ahora entre los sesenta y los setenta.

Con «los tres», dos de los cuales vuelven de las Ventas, como hace cuarenta años, sólo que en automóvil, de ver torear a Cagancho, Carmona, Joselito Torres, que confirmó la alternativa, y el rejoneador Peralta, nos reunimos el escritor y catedrático de Madrid Valentín Andrés, autor de aquella comedia famosa «Tarari», que aún no han olvidado los públicos del año 1930, dos jóvenes ovetenses, Castañón y Gómez Santos, acabados de arribar a las letras madrileñas y el abajo firmante.

AL HABLA CON UN MITO IBERICO

NO hay duda que la popularidad de Juan Belmonte es de las más extensas y profundas que se hayan producido en España. Hablar hoy con Belmonte, con aquel Belmonte de antes, el que alternó en los ruedos con «Josecito», el que trajo a la fiesta taurina un nuevo estilo, casi una nueva estética y, sobre todo, un nuevo escalofrío, es como hablar con un mito ibérico, con algo que, desde hace muchos años, es más que un ser humano.

—¿Cuándo dejó usted de torear, don Juan?—le preguntamos por iniciar la conversación.

Y nos suena a extraña nuestra propia voz. Nos parece hablar con una estatua con un símbolo que se animase de pronto. Pero don Juan, o sea Juan Belmonte, el de antes y el de ahora, el trianero inmortal, responde con naturalidad.

—Pues verá usted. Yo lo empecé a dejar el año 1935. Volví a torear varias

(Continúa en pág. 9)



Juan Belmonte en presencia real y en imagen de escayola. Los dos gestos iguales; además de meditación y nostalgia. En su mirada trasciende entríscida la gloria de sus tardes triunfantes.



En el hogar del escultor Miranda, domicilio y estudio, en el que se reproduce en parte, la vieja tertulia de «Fornos»



Contemplando una obra de Sebastián Miranda.

«España», 12. Jul. 53

(Continuación de la página 5)

veces en público y en privado hasta 1946. O sea que lo estuve dejando unos diez años. Desde esa fecha sí que no volví a coger el capote ni en broma ni de veras.

—¿Y su ganadería?

—Bien. Procuero mejorar la raza constantemente.

—¿Vive a gusto en el campo?

—Sí. Me gusta. Pero también me tienta y me atrae la ciudad. Madrid sobre todo. Tantos amigos, tantos recuerdos agradables para volverlos a vivir aunque sólo sea con la imaginación.

Y «los tres» se escapan imaginativamente a una dehesa de Salamanca, donde lo pasaban a cuerpo de rey, porque el buen tipo de Julián Cañedo traía de coronilla a las hijas casaderas del ganadero.

DOS AFICIONADOS: ORTEGA Y GASSET Y PEREZ DE AYALA

AHORA, ante unas magras de jamón serrano y unas copas de vino que Miranda va ofreciendo, con la prosopopeya de un lord o un abate del Renacimiento, los tres contentillos de «Fornos» siguen su evocación de tiempos y sucesos. Continuamente irrumpen «en escena» nuevos personajes, que unas veces proceden de este mundo y otras vienen del más allá. Entran con frecuencia en la conversación Julio Antonio, por los tiempos de su bohemia desesperada, quemado interiormente por la llama de su genialidad contenida. Julio Romero de Torres, con su capa de visón bordada y sus gitanas apetitosas. Ramón Pérez de Ayala, por los tiempos en que compartía el estudio de la calle del Pez con Sebastián Miranda y su mayor satisfacción era que cuando iban de viaje lo tomasen por un banderillero de Belmonte. Don Ramón del Valle Inclán que escribía sus farsas de el «Ruedo Ibérico», incluso aquel tipo pintoresco que venía por la tertulia de «Fornos», al que Pérez de Ayala había puesto el «Quejumbra» por su consuetudinaria tristeza.

Recuerdan con satisfacción a aquellos tiempos, no por mejores ni peores, sino porque todo lo que entonces les sucedía, ha quedado prendido con ilusiones y ensueños a «los mejores años de sus vidas».

—Entonces todo el mundo tenía afición a torear —dice Belmonte—. Yo

recuerdo que don José Ortega también tenía guardada en la cartera y la enseñaba con orgullo, una «foto» suya en la que aparecía dando unos pases a un novillo.

BELMONTE DE CARNE Y BELMONTE DE ESCAYOLA

YA anochecido, bajamos del salón del primer piso adornado por Miranda con antigüedades barrocas, al estudio en la planta baja, con grandes ventanales al jardín, medio cubiertas de rosas, hiedras y madreselvas.

El estudio de Miranda, tiene algo de escenario para el último acto del «Ternorio», en cuya escena tomaran parte los conocidos personajes de la generación del 98. Allí nos encontramos con un Baroja, un Azorín y otros conocidos artistas, fundidos en escayola. Mientras recorremos el estudio, en el que hay esculturas antiguas y actuales, Miranda saca en brazos de otro departamento a un Belmonte de escayola, que «Reflejos» retrata junto al modelo de carne y hueso. No está vestido con traje de luces como suelen hacerse las estatuas de los toreros, sino de paisano y en actitud meditativa. Cerca de él están ahora los últimos retabos de gitanos que son la obra de madurez y maestría de Sebastián Miranda.

Entre bromas y veras Belmonte vuelve a recordar como en sueños sus primeros años de aficionado impenitente. Los torerillos trianeros que se reunían en la taberna de «El sol naciente», las placitas aquellas de las ventas de Camas y Cara Ancha, donde por diez pesetas soltaban a los aficionados un becerro que sabía latín y geometría. Y recuerda aquella noche en las marismas de Tablada... cuando toreó a la luz de la luna y perdió o encontró el miedo, pero descubrió su propia facultad genial.

Cuando nos despedimos de «los tres de Fornos», empezamos a caminar por la calle de la Moncloa, que bordea los dominios todavía silvestres de la Ciudad Universitaria, nos fijamos en que el cielo está muy estrellado y en que los grillos de junio laten entre la hierba, obcecados en formar una orquesta de una sola nota monorrítmica y celestial.

Juan Antonio CABEZAS

Madrid